

CAPÍTULO I

LA INDUSTRIALIZACIÓN EN ESPAÑA (1832-1936)

Un análisis apresurado y superficial del estado económico español durante el siglo XIX podría hacernos pensar en una verdadera época de progreso para nuestro país; la población aumentó en un 75% durante estos cien años, la red ferroviaria nacional quedó conformada a lo largo de este siglo, las subsistencias parecían ser –cuando menos– suficientes, las ciudades crecieron muy aprisa e, incluso, se asistió a la eclosión de algunas industrias, como la textil, la siderúrgica o la minera. No obstante, el «relativo estancamiento» de la economía española decimonónica es un hecho admitido por la práctica totalidad de los historiadores. Hoy parece claro que, a pesar de la aparente bonanza de estos indicadores socio-económicos, España no adquirió las cotas de progreso experimentadas por el resto de países de su entorno, particularmente aquellos que conforman la Europa del norte y central. Aunque es cierto que la ralentización del desarrollo económico e industrial tiene componentes específicos hispanos, a ellos no referiremos más adelante, ciertas tendencias actuales tratan de explicar estos desajustes desde la óptica geográfica y cultural globalizadora de las divergencias norte-sur o centro-periferia. En el campo de la historia económica, quizás sea el francés Fernand Braudel y su escuela, agrupada alrededor de la revista *Annales ESC*, los máximos exponentes de este posicionamiento; según este modelo, España no sería más que una supraunidad nor-mediterránea con «rasgos económicos distintivos» respecto de los territorios limítrofes norteafricanos y de la Europa del norte. En este contexto,

el problema del atraso económico de España adquiere una dimensión distinta si ensanchamos nuestro horizonte geográfico y consideramos al país no como un ente aislado, sino como una zona más de la región mediterránea o, quizá más precisamente, como parte de la Europa meridional¹.

¹ Tortella Casares, G. «La Economía Española, 1830-1900». En: M. Tuñón de Lara (dir.) *Historia de España*, 8 [Revolución Burguesa, Oligarquía y Constitucionalismo (1834-

Las posibles explicaciones del atraso industrial nor-mediterráneo oscilan entre las hipótesis religioso-económicas hasta la dialéctica entre tecnología y condiciones naturales. La tesis de Max Weber trata de justificarlo en base a la división religiosa del continente europeo acaecida a raíz de la reforma luterana; según este autor, el establecimiento del protestantismo en el norte y en el centro, y del catolicismo en el sur, van a marcar diferencias económicas notables, convirtiendo las zonas septentrionales en prósperas y las meridionales en deprimidas, y favoreciendo una tendencia en los países protestantes por el trabajo en la fábrica, contrapuesta a la preferencia católica por las labores artesanales².

Para Gabriel Tortella, aun asumiendo esta correlación religioso-geográfica y el hecho irrefutable que supuso la abolición de los latifundios eclesiásticos para el futuro progreso agrícola e industrial, un auténtico fenómeno desamortizador que concedería a los pueblos protestantes sobre los católicos una ventaja de más de un siglo en este terreno, el planteamiento de M. Weber tiene algunas lagunas, esencialmente representadas en los casos italiano, belga y holandés, no partícipes de este modelo. En su opinión, la preponderancia del norte sobre el sur estaría fundamentada en la inversión del orden tecnológico, y su consiguiente adecuación agrícola que desembocaría en un relevo en la cabeza del orden económico europeo; la pujanza de la agricultura mediterránea en la Antigüedad y en la Baja Edad Media se desvanecerá a partir de la Edad Moderna en parte como resultado de la aplicación de los nuevos arados pesados, mucho más adaptables a las húmedas y fértiles tierras del norte que el tradicional arado romano. Esta situación favorecería la disminución migratoria del norte hacia el sur y el progresivo desarrollo agrario y comercial en torno al Báltico y al Mar del Norte; el desarrollo de nuevas técnicas de cultivo específicas de las regiones geográficas septentrionales (rotaciones de

1923)], pp. 9-167. Zaragoza, 1993; la cita en p. 12. Sobre este mismo asunto, véase también la compilación de Prados de la Escosura, L. & Zamagni, V. (eds.) *El desarrollo económico en la Europa del sur: España e Italia en perspectiva histórica*. Madrid, 1992.

² Weber, M. *L'éthique protestante et l'esprit du capitalisme*. [Trad. por J. Chavy]. Paris, 1964.

cultivos, supresión de barbechos, introducción de legumbres y tubérculos, combinación de agricultura intensiva con ganadería estabular, etc.) culminaría en un fenómeno conocido como «revolución agrícola», para muchos historiadores el punto de arranque, o el preludio, de la «revolución industrial» que habría de iniciarse en la Inglaterra del siglo XVIII³. Un estatus que no lograría alcanzar la agricultura mediterránea, tecnológicamente estancada durante la Edad Moderna e incapaz de solucionar sus endémicos problemas edafoclimatológicos, los cuales la acabarían llevando a una agricultura de subsistencia y arcaica que, junto al «anquilosamiento de las estructuras sociales y políticas», constituye uno de los rasgos más definitorios del modelo económico nor-mediterráneo⁴.

Ciñéndonos ya al caso español⁵, el estancamiento agrario ha sido a menudo esgrimido como una de las causas fundamentales de ralentización en los mecanismos modernizadores del país; a los tradicionales factores naturales o geográficos habría que sumar otros de índole socio-cultural —el más remarcable sería el latifundismo— que dificultarían la adecuación agraria a los imperativos industrializadores, a

³ Esta correlación entre revolución agrícola y revolución industrial ha sido defendida, entre otros, por Bairoch, P. «La Agricultura y la Revolución industrial, 1700-1791». En: C. M. Cipolla. (ed.) *Historia económica de Europa* (3). *La Revolución Industrial*, pp. 464-516. Barcelona, 1979.

⁴ Tortella, G. *Op. cit.* nota 1; en particular el capítulo primero, titulado: «La economía española en el marco de la cuenca mediterránea», pp. 11-15.

⁵ Algunas valoraciones y cuantificaciones globales del estado de la economía española durante el período objeto de nuestro estudio han sido acometidas por Vicens Vives, J. «La industrialización y el desarrollo económico de España de 1800 a 1936». En: J. Vicens Vives [J. Fontana (ed.)] *Coyuntura económica y reformismo burgués y otros estudios de Historia de España*. 4ª ed., pp. 143-156, Barcelona, 1974; Sánchez-Albornoz, N. (comp.) *La modernización económica de España 1830-1930*. Madrid, 1985; Nadal Oller, J. «La Economía española 1829-1931». En: A. Moreno Redondo (coord.) *El Banco de España. Una historia económica*, pp. 315-417. Madrid, 1970; Prados de la Escosura, L. *De Imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*. Madrid, 1988; Prados de la Escosura, L. *El desarrollo económico español 1800-1930: una perspectiva europea*. Santander, 1989; Tortella, G. *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*. Madrid, 1994; Prados de la Escosura, L. *Comercio exterior y crecimiento económico en España 1826-1913: tendencias a largo plazo*. Madrid, 1982; Carreras, A. *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*. Madrid, 1989; Carreras, A. *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*. Madrid, 1990.

saber: creación de un excedente alimentario para nutrir al proletariado industrial, éxodo demográfico del campo a la ciudad, constitución de un mercado interior capaz de consumir la oferta fabril y creación de núcleos humanos con potencialidad para la acumulación de capitales⁶. Pero no conviene culpar exclusivamente a la agricultura del atraso económico industrial hispano. Sería injusto no tener en cuenta otros factores desestabilizadores, como el demográfico o la cronicidad de la deuda nacional, también responsables del estancamiento y, sobre todo en el segundo caso, definitorios en la tipificación del modelo industrial español.

En cuanto al factor demográfico, aun admitiendo que la población española tuvo un crecimiento apreciable a lo largo del siglo XIX (más del 60%), en comparación con el de otros países europeos fue más bien parco (Gran Bretaña 238,5%, Holanda 131,8%, Bélgica 123,3%, Suecia 121,7%, Alemania 106,5%, etc.); en cualquier caso, por debajo del 100%, indicador teórico mínimo que, salvo excepciones concretas, cumplen todos los países en vías de industrialización. Las causas de este escaso crecimiento relativo responden, en primer lugar, a una natalidad no muy acusada; en segundo lugar, a una mortalidad elevada, ocasionada por las epidemias, la debilidad del sector agrícola-ganadero, las enfermedades de raigambre endémica, las crisis de subsistencias, etc.; y, por último, a la escasa importancia del fenómeno migratorio del campo a las ciudades (en 1900 la mayor parte de la población española era aún rural)⁷.

⁶ Sobre este asunto véanse los trabajos de Anes Álvarez, G. «La agricultura española desde comienzos del siglo XIX hasta 1868: algunos problemas». En: P. Schwartz Girón (coord.) *Ensayos sobre la Economía española a mediados del siglo XIX*, pp. 235-263. Madrid, 1970; Anes, G. *Las crisis agrarias en la España Moderna*. Madrid, 1970; Tortella Casares, G. «La agricultura en la economía de la España contemporánea: 1830-1930». *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 62-73. Madrid, 1984.

⁷ Tortella Casares, G. *Op. cit.* nota 1. Sobre estos aspectos véanse también los trabajos de Pérez Moreda, V. «Evolución de la población española desde finales del Antiguo Régimen» *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 20-38. Madrid, 1984; Pérez Moreda, V. «Recientes trabajos sobre la población española del siglo XIX y primer tercio del siglo XX». *Información Comercial Española*, 623, pp. 27-37. Madrid, 1985; Nadal, J. *La población española*. (Siglos XVI a XX). 3ª ed. Barcelona, 1988; Bustelo, F. «La población española del siglo XIX: un crecimiento preindustrial». *Información Comercial Española*, 623, pp. 21-26. Ma-

La España de principios del siglo XIX, no conforme con la deuda heredada, contemplaría un fenómeno de empeoramiento crónico de ésta, especialmente manifiesto tras la Guerra de la Independencia y la posterior pérdida de los territorios ultramarinos, que dejaría a nuestro país sumido en una crisis financiera sin precedentes, originada por la incapacidad para solventar, con nuevas alternativas, la desaparición del monopolio comercial metrópoli-colonia. La situación todavía se agravaría más al desatarse la primera guerra carlista (1829-1833), máxime si tenemos en cuenta el irracional e ineficaz sistema tributario de esta época, muy duro hacia las clases sociales más desfavorecidas y especialmente permisivo para la aristocracia y la burguesía terratenientes; a la escasez recaudatoria se sumarían los excesivos gastos –dos tercios del presupuesto se destinaban a pagar la deuda pública y a sostener los estamentos militar, policial y eclesiástico– y la tendencia a gastar, de antemano, más de lo inicialmente presupuestado⁸.

La inmediata consecuencia de esta situación sería la entrada masiva de capitales extranjeros con objeto de equilibrar el presupuesto; asunto muy controvertido, por cuanto acabaría provocando en la economía española un doble efecto contrapuesto, de una parte, la dinamización de ésta gracias a su implicación en operaciones de progreso

drid, 1985; Sánchez-Albornoz, N. *La crisis de subsistencias de España en el siglo XIX*. Rosario (Santa Fe), 1964; Sánchez-Albornoz, N. «Crisis alimenticia y recesión demográfica: España en 1868». *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, 6, pp. 27-40. Rosario (Santa Fe), 1962-1963; López Piñero, J. M.; García Ballester, L. & Faus Sevilla, P. *Medicina y Sociedad en la España del siglo XIX*. Madrid, 1964; Armengaud, A. «La población europea, 1700-1914». En: C. M. Cipolla. (ed.) *Historia económica de Europa* (3). *La Revolución Industrial*, pp. 22-79. Barcelona, 1979.

⁸ Sobre esta situación de crisis cf. Fontana Lázaro, J. *La quiebra de la monarquía absoluta*, 1814-1820. Barcelona, 1971; Fontana Lázaro, J. «Colapso y transformación del comercio exterior español entre 1792 y 1827. Un aspecto de la crisis de la economía del Antiguo Régimen en España». *Moneda y Crédito*, 115, pp. 3-23. Madrid, 1970; Fontana Lázaro, J. *Hacienda y Estado en la crisis final del Antiguo Régimen español: 1823-1833*. Madrid, 1973; Fontana, J. «La crisis del Antiguo Régimen en España». *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 49-61. Madrid, 1984; Martínez Cuadrado, M. *La burguesía conservadora* (1874-1931) [M. Artola (dir.) *Historia de España Alfaguara*, 6, pp. 1-613]. Madrid, 1976; Tortella Casares, G. *Op. cit.* nota 1, en particular el capítulo 9: «El papel del gobierno en la economía: la política fiscal, la política comercial y la política monetaria», pp. 131-161. Una nueva visión de este asunto en: Tedde de Lorca, P. «El sector financiero y el fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913» *Información Comercial Española*, 623, pp. 39-46. Madrid, 1985.

industrial, y a la inducción y propagación del modelo capitalista en la burguesía española⁹; y, por otra, un efecto negativo sobre la inversión industrial, por cuanto obligaba a las arcas estatales a disponer siempre de efectivos para hacer frente a estos préstamos, una situación que ha sido calificada por J. Nadal como «voracidad de la Hacienda»¹⁰, en clara alusión a la subordinación del capital interno, principalmente el bancario¹¹, a las necesidades presupuestarias del Estado.

Todas estas circunstancias estigmatizaron y condicionaron el desarrollo industrial de nuestro país, tal y como señala J. Nadal, iniciado en la década de 1830 con la aplicación de la energía de vapor a la industria de consumo y a los procedimientos siderúrgicos modernos (1832), con la reactivación agraria acontecida tras las desamortizaciones de Mendizábal (1836) y Espartero (1841) y tras la incorporación de tecnologías aplicables a las nacientes industrias algodonera y siderúrgica. «La revolución industrial echó muy pronto algunas raíces en el solar hispánico. Por falta de terreno abonado, las raíces dieron unas plantas generalmente raquíticas, que relegaron a un lugar secundario la vieja potencia colonial»¹². Veamos cuáles fueron los factores que favorecieron ese «raquitismo» industrial.

⁹ A este respecto véase el trabajo de Costa, M. T. *La financiación exterior del capitalismo español en el siglo XIX*. Barcelona, 1982. También de interés los estudios de Anes Álvarez, G. «Las inversiones extranjeras en España de 1855-1880». En: P. Schwartz Girón (coord.) *Ensayos sobre la Economía Española a mediados del siglo XIX*, pp. 187-202. Madrid, 1970; Sainz Moreno, F. «Historia de las inversiones extranjeras en España (1814-1959)». *Boletín de Estudios Económicos*, 6, pp. 373-408. Madrid, 1956; y Broder, A. «The investissements étrangers en Espagne au XIXe siècle: méthodologie et quantification». *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, 54(1), pp. 29-63. Paris, 1976.

¹⁰ Nadal, J. *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*. Barcelona, 1975; p. 29. Una nueva síntesis sobre el tema fue llevada a cabo, por el mismo autor, nueve años después de que hiciese aparición este, ya clásico, texto: Nadal J. «El fracaso de la Revolución Industrial en España. Un balance historiográfico». *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 108-125. Madrid, 1984. Diez años después de publicado este libro, se consagró un número (el 623) de la revista *Información Comercial Española* a analizar, actualizar, alabar y discrepar sobre este importante hito de la historiografía económica española.

¹¹ Tedde, P. «Banca privada y crecimiento económico en España (1874-1913)». *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 169-184. Madrid, 1984; Tortella Casares, G. «La evolución del sistema financiero español de 1856 a 1868». En: P. Schwartz Giron (coord.) *Ensayos sobre la Economía española a mediados del siglo XIX*, pp. 17-145. Madrid, 1970; Moreno Redondo, A. (ed.) *El Banco de España. Una historia económica*. Madrid, 1970.

¹² Nadal, J. (1975). *Op. cit.* nota 10; la cita en p. 23.

En 1914 la renta nacional española era de 10.745 millones de pesetas, de ellos un 38,4% correspondían a la agricultura, un 25,9% a la industria, la artesanía y la minería, y un 35,6% a profesiones liberales, empleados, comercio, capital no invertido en industria, etc.; la población, en 1910, alcanzaba la cifra de 4.220.326 activos, empleados en el sector primario, frente a 1.034.885 trabajadores fabriles, mineros y empleados de la construcción. Estos números parecen suficientemente clarificadores como para poder concluir que, poco antes de iniciarse la I Guerra Mundial, las bases de nuestro país seguían siendo agrícolas¹³. En este sentido, las desamortizaciones del suelo¹⁴ no consiguieron servir de base para un relanzamiento de los sectores agrícola e industrial, tal vez porque no se ejecutaron pensando en esto sino como tabla de salvación para la maltrecha economía nacional.

El proceso de nacionalización y reprivatización de la tierra no dio como resultado un reparto que favoreciese al campesino, muy al contrario, sería el grupo social más perjudicado con las desamortizaciones, al no poder seguir utilizando tierras de las que antes se beneficiaba por la permisividad eclesiástica; por contra, los grandes beneficiados fueron los aristócratas y los hombres de negocios, dando lugar a una redistribución de la tierra prácticamente igual a la que antes existía, con la única diferencia del trasvase de la propiedad de manos religiosas y municipales a laicas y privadas¹⁵. Como resultado de este proceso desamortizador, se favorecieron ciertos cultivos,

¹³ Vandellós, J. A. «La richesse et le revenu de la péninsule ibérique». *Revista de Economía Política*, 6, pp. 185-223, Madrid, 1955.

¹⁴ Herr, R. «La vente des propriétés de mainmorte en Espagne, 1798-1808». *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 29(1), pp. 215-228. Paris, 1974; Simón Segura, F. *La desamortización española del Siglo XIX*. Madrid, 1973; Simón Segura, F. «La desamortización española del siglo XIX». *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 74-107. Madrid, 1984; Tomás y Valiente, F. *El marco político de la desamortización en España*. Barcelona, 1971; Tomás y Valiente, F. «Recientes investigaciones sobre la desamortización: intento de síntesis». *Moneda y Crédito*, 131, pp. 95-160. Madrid, 1974; Rueda Hernanz, G. «La desamortización de Mendizábal y Espartero». *Información Comercial Española*, 623, pp. 53-68. Madrid, 1985; Rueda, G. (ed.) *La Desamortización en la Península ibérica*. [Ayer, 9]: pp. 1-251. Madrid, 1993.

¹⁵ Herr, R. «El significado de la desamortización en España». *Moneda y Crédito*, 131, pp. 55-94. Madrid, 1974.

como el trigo o la vid, y se llevó a cabo una relativa reforma agraria favorecida por la inversión de capitales en nuevos procesos agrícolas, pero no se consiguió que el dinero fluyese del campo a la ciudad, incluso en ocasiones sucedió al contrario. En cambio, sí produjo un excedente demográfico que, salvo en casos concretos, no pudo engrosar el potencial urbano industrial y, por lo tanto, tampoco pudo servir como activador del consumo; este excedente acabaría por permanecer subempleado en el campo o en las ciudades, o emigraría en búsqueda de nuevas posibilidades¹⁶.

Otro de los factores señeros que intervinieron en la ralentización del desarrollo industrial hispano fue la construcción de la red ferroviaria; ésta, aunque esencial para el comercio español dada la complejidad orográfica de su territorio¹⁷, tuvo un arranque tardío; salvo algunos tramos concretos, el ferrocarril no comenzaría a instalarse en nuestro país hasta la promulgación, en 1855, de la Ley de Transportes. A partir de 1856, y hasta 1866, se construiría la primera fase de la red¹⁸, un proceso promovido por los gobiernos progresistas, primordialmente, en base a la utilización de capital extranjero; en opinión de G. Tortella, este proceso resultó tardío y realizado con excesiva precipitación, lo que daría lugar a una focalización capitalista casi exclusivamente ferroviaria en una época en la que la industria estaba necesitada de financiación; en definitiva, la construcción del ferroca-

¹⁶ Nadal, J. (1975). *Op. cit.* nota 10; la referencia en p. 86.

¹⁷ La relación directa entre construcción ferroviaria y modernización económica parece no haberse cumplido con el mismo vigor en todos los países; algunos, como los Estados Unidos, con medios de transporte fluvial ciertamente importantes, no hubieran visto grandemente afectada su economía nacional caso de que el desarrollo ferroviario se hubiera ralentizado (*cf.* Fogel, R. W. *Los ferrocarriles y el crecimiento económico de Estados Unidos. Ensayos de Historia Económica*. Madrid, 1972; en particular el capítulo 4, titulado «El ferrocarril y la tesis del 'despegue': el caso norteamericano» (pp. 115-145). Un análisis de este libro fue llevado a cabo por Celis Bores, J. «Los ferrocarriles y el crecimiento económico de los Estados Unidos». *Moneda y Crédito*, 120, pp. 125-132. Madrid, 1972).

¹⁸ Entre la abundante bibliografía existente sobre el tema hemos seleccionado los siguientes títulos: Artola, M. (dir.) *Los ferrocarriles en España, 1844-1943*. 2 vols. Salamanca, 1978; Gómez de Mendoza, A. *Ferrocarriles y cambio económico en España (1855-1913). Un enfoque de nueva historia económica*. Madrid, 1982; Wais, F. *Historia de los ferrocarriles españoles*. 2 vols. 3ª ed. Madrid, 1987.

rril se llevó a cabo a expensas del propio desarrollo industrial¹⁹. Una opinión no compartida por otros historiadores, como J. Nadal²⁰ o A. Gómez de Mendoza²¹, para quienes la importancia de la inversión privada en la industria, no sometida a los dictados ferroviarios, no debe ser considerada como desdeñable; por otra parte, el gran capital nacional únicamente pudo retraerse de la inversión fabril en el caso de Cataluña o del País Vasco, los únicos lugares donde ya existía un tejido preindustrial de cierta importancia; en cuanto a la inversión extranjera no puede asegurarse que, caso de no haber invertido en el ferrocarril, lo hubiese hecho en el sector secundario.

En lo que sí parece haber coincidencia es en señalar a factores infraestructurales y especulativos como parte responsable de la crisis ferroviaria de 1866 y, por extensión, del propio estancamiento de la industria: elección del ancho de vía, «un Pirineo suplementario»; existencia de continuos transbordos, ocasionados por la adjudicación de tramos distintos para diferentes compañías; disposición radial de la red, en lugar de reticular, dada la concentración comercial y fabril en los litorales mediterráneo y cantábrico, con la consiguiente inadecuación del tejido ferroviario a las necesidades de la industria; y aparición de «negocios no del todo claros»²² alrededor de la construcción de este medio de transporte.

En la posterior reactivación ferroviaria de los años setenta tuvo mucho que ver el auge que experimentó el comercio de la minería en

¹⁹ Tortella Casares, G. «Ferrocarriles, economía y revolución». En: C. E. Lida & I. M. Zavala (eds.) *La Revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*, pp. 126-137. Madrid, 1970; Tortella Casares, G. *Los orígenes del capitalismo en España. Banca, Industria y Ferrocarriles en el siglo XIX*. Madrid, 1972.

²⁰ Nadal, J. (1975). *Op. cit.* nota 10; en particular el capítulo 2: «Deuda exterior, capitales extranjeros y ferrocarriles», pp. 25-53.

²¹ Gómez de Mendoza, A. «Los efectos del ferrocarril sobre la Economía Española 1855-1913». *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 155-168. Madrid, 1984; Gómez de Mendoza, A. *Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*. Madrid, 1989.

²² Como los mantenidos por Fernando Muñoz, el esposo morganático de la Reina regente María Cristina (cf. Martí, C. «Afianzamiento y despliegue del sistema liberal». En: M. Tuñón de Lara (dir.) *Historia de España*, 8 [Revolución burguesa, Oligarquía y Constitucionalismo (1834-1923)], pp. 170-268. Zaragoza, 1993; p. 174).

España a raíz del proceso desamortizador del subsuelo, impulsado por el gobierno progresista de «La Gloriosa». De nuevo, la necesidad de liquidez apremiante con la que se enfrentaba la Hacienda Pública en 1868 –aumento de la deuda, sequías prolongadas, colapso financiero del ferrocarril, insurrección en Cuba, etc.– obligaría a nuestros gobernantes a pedir prestado al extranjero. ¿Cómo pensaban afrontar estas nuevas cargas? Esencialmente mediante pagarés en bienes desamortizados y a través de las propiedades hacendísticas y mineras de la Corona. Con la subasta de Riotinto, en 1870, se abría el camino a un proceso desamortizador del subsuelo que ponía fin a una tradición minera regalista de profunda raigambre; la política progresista no se limitaría a realizar concesiones a las empresas privadas, iría más allá, convirtiéndolas en propietarias, con el objeto de promover la explotación de los recursos mineros hispanos. El nuevo proceso desamortizador sería un auténtico imán para las inversiones, tanto extranjeras como españolas, a la postre responsables del auge que experimentaría el comercio de minerales –principalmente plomo, cobre, hierro y mercurio– durante el último cuarto del siglo XIX. Una situación que, a pesar del respiro que supuso para la Hacienda española, no repercutiría en exceso sobre la industria y, en cambio, contribuiría a malograr las bases naturales del país²³.

En definitiva, a comienzos del siglo XX el sector agrícola era aún el preponderante, restando protagonismo a la industria e, incluso, actuando como rémora para su progreso; la tradicional política agraria de privilegio hacia los terratenientes –precios especiales, créditos blandos, desgravaciones fiscales, etc.–, la escasa y poco diversificada demanda interior de productos alimenticios –propia de un Estado

²³ El fenómeno de la desamortización del subsuelo ha sido estudiado por Nadal, J. (1975). *Op. cit.* nota 10, pp. 87-121; sobre el sector minero durante esta época *cf.* Coll Martín, S. «El sector minero». *Información Comercial Española*, 623, pp. 83-96. Madrid, 1985. Algunos autores consideran la política tributaria llevada a cabo durante el sexenio liberal como «favorable a las actividades industriales y, de forma particular, a las comprendidas bajo la denominación de industrias fabriles y manufactureras. Esa preferencia de la política tributaria liberal por el desarrollo económico industrial constituye el rasgo más definitorio del intento del Sexenio por hacer del sistema rentístico un instrumento al servicio de la economía» (*cf.* Costas Comesaña, A. «Política Tributaria y desarrollo económico industrial durante el sexenio liberal». *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 185-202. Madrid, 1984).

subdesarrollado— y la gran abundancia de mano de obra —garante de un estatus salarial muy bajo, de escaso poder adquisitivo, y freno para la introducción de moderna maquinaria de explotación— acabaría por conformar un estado latifundista, núcleo importante del conservadurismo más reaccionario, a menudo reñido con el progreso tecnológico. La industria, fuertemente intervenida por el capital extranjero y con una dependencia exterior muy acusada en cuanto a primeras materias y equipamiento tecnológico, quedaba reducida a los núcleos catalán y vasco, y a los subsectores textil y, en menor medida, siderúrgico²⁴.

¿Cómo afectó la I Guerra Mundial a una España en la que pervivían sistemas de subsistencia con el capitalismo más acusado?²⁵. A pesar de la breve crisis inicial acusada por la Bolsa y la Banca tras el estallido del conflicto bélico, poco después, la privilegiada situación de neutralidad que disfrutaría nuestro país favorecería la exportación de productos que, hasta entonces, le habían sido suministrados por los mismos países ahora deficitarios; por primera vez en su historia, el principal cliente no estará dentro sino fuera de las fronteras espa-

²⁴ El estado de la economía española a principios de siglo ha sido analizado, entre otros, por García Delgado, J. L. «La Economía española entre 1900 y 1923». En: M. Tuñón de Lara (dir.) *Historia de España*, 8 [Revolución burguesa, Oligarquía y Constitucionalismo (1843-1923)], pp. 409-458. Zaragoza, 1993; y Maluquer de Montes, J. «De la crisis colonial a la Guerra europea: veinte años de economía española». En: J. Nadal, A. Carreras & C. Sudrià (comp.) *La Economía española en el siglo XX*, pp. 62-104. Barcelona, 1987. Un tratamiento más concreto del sector industrial en García Delgado, J. L. «Prosperidad y crisis en la industria española entre 1914 y 1922: Una reconsideración». En: G. Anes, L. A. Rojo & P. Tedde (eds.) *Historia económica y pensamiento social*, pp. 539-560. Madrid, 1983; y en el ya citado texto de Nadal, J. (1975). *Op. cit.* nota 10. Respecto de la regionalización industrial española véanse los trabajos de: Nadal, J. & Carreras, A. (eds.) *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*. Barcelona, 1990; Fernández de Pinedo, E. & Hernández Marco J. L. (eds.) *La industrialización del norte de España. (Estado de la cuestión)*. Barcelona, 1988; Nadal Oller, J. & Maluquer de Montes, J. *Catalunya, la fàbrica d'Espanya. Un siglo de industrialización catalana (1833-1936)*. Barcelona, 1985; Nadal, J. «Industrialización y desindustrialización del sureste español, 1817-1913». *Moneda y Crédito*, 120, pp. 3-80. Madrid, 1972; Giralt i Raventós, E. «Problemas históricos de la industrialización valenciana». *Estudios Geográficos*, 29, pp. 112-113, pp. 369-395. Madrid, 1968; Harrison, J. «Los orígenes del industrialismo moderno en el país vasco». *Hacienda Pública Española*, 55, pp. 209-222. Madrid, 1978.

²⁵ «La economía española ostenta evidentemente una posición ambigua. Era a la vez tradicional y moderna, de subsistencia y capitalista; propiamente era una economía dual» (cf. Sánchez-Albornoz, N. *España hace un siglo: una economía dual*. Barcelona, 1968).

ñolas. La consecuencia inmediata fue una industrialización a marchas forzadas, en la que surgieron nuevas industrias y se consolidaron aquéllas que estaban en vías de gestación; una circunstancia que se vería potenciada por la necesidad de sustituir determinadas materias primas –productos químicos de base, pasta de papel, carbones minerales, algunos alimentos, etc.– y bienes de equipo, difíciles de adquirir en el mercado internacional. Las consecuencias derivarían hacia una subida importante de los precios y al establecimiento de numerosas industrias que, ante la carencia de maquinaria, utilizaron mano de obra excedente²⁶.

Entre las industrias favorecidas por la I Guerra Mundial, junto con las textiles, las siderúrgicas y las mineras, son de destacar las químicas, de gran importancia en la consolidación del sistema capitalista europeo²⁷, y hasta entonces prácticamente desconocidas en nuestro país, las cuales comenzarían su andadura durante el intervalo 1914-1918²⁸; con anterioridad, tan sólo a lo largo del período 1872-1913, una vez «eclipsada» la industria química de aplicación textil, se asistió a un movimiento fabril de cierta importancia, principalmente asociado a la fabricación de explosivos para la minería y de abonos para la agricultura²⁹.

²⁶ Roldán, S. & García Delgado, J. L. *La consolidación del capitalismo en España 1914-1920*. 2 vols. Madrid, 1974; García Delgado, J. L. *Orígenes y desarrollo del Capitalismo en España. Notas críticas*. Madrid, 1975.

²⁷ Juarranz de la Fuente, J. M. *Las transformaciones científicas, técnicas y económicas (1850-1914)* [*Historia del Mundo Contemporáneo*, 7, pp. 1-64]. Madrid, 1984. La producción total de la industria química mundial alcanzó, en 1914, los diez mil millones de marcos-oro y, en 1924, llegó a los dieciocho mil millones; a finales de la década de 1920, el número de obreros empleados en este sector era de 1 a 1,5 millones, en todo el mundo, una cifra considerable aunque baja en comparación con la de otras grandes industrias. Durante este período, principalmente en Estados Unidos, las químicas eran empresas fuertemente mecanizadas, no tan dependientes como otras de la mano de obra: «Ces chiffres, ajoutez le Dr Ungewitter, indiquent que l'industrie n'est pas une industrie intensive au point de vue de la main d'oeuvre, mais une industrie intensive au point de vue des capitaux». (cf. Roussiers, P. *Les Grandes Industries modernes. V Les Industries chimiques. Le Régime légal des Ententes*. Paris, 1928; la cita está tomada de la p. 43).

²⁸ Fontana, J. & Nadal, J. «España 1914-1970». En: C. M. Cipolla (ed.) *Historia Económica de Europa. Economías contemporáneas. Segunda parte*. Barcelona, 1980.

²⁹ Nadal, J. «La debilidad de la industria química española en el siglo XIX. Un problema de demanda». *Moneda y Crédito*, 176, pp. 33-70. Madrid, 1986.